

LAS DIEZ DIFICULTADES DEL PRESIDENTE

LA primera dificultad del presidente Suárez es su propio éxito: haberse instalado en la historia de España y, lo que todavía es más difícil, en la historia de la democracia española a una edad envidiable y, por supuesto, envidiada. Nunca se ha concentrado sobre una personalidad pública española semejante aluvión de envidia. Esa envidia que, desde nuestra fase tribal (no del todo cancelada) es la marcha atrás permanente de la vida política española.

LA segunda dificultad es su exceso de confianza: contar con su evidente buena estrella casi como un factor, y no como una reserva. En algunos temas ese exceso de confianza es racional; se debe a su extraordinario sentido de la información política. Otras veces es un exceso engañoso. Durante su increíble as-

LA tercera dificultad es su vinculación excesiva con lo que él mismo llamó cenáculos políticos madrileños. El presidente es un neto líder populista; ahí está la clave de su victoria en las elecciones, y no sólo en la posesión bruta del poder, como interpreta, con simplificación que linda con el infantilismo político, esa pluma por lo demás inimitable de don Emilio Romero. Pero su primer Gobierno democrático es casi por completo elitista; los elementos populistas son en él una breve excepción. El presidente concedió—en la formación de candidaturas—una preponderancia absurda a los cenáculos madrileños. Como en el fondo los desprecia, se ha marchado a Europa sin atarles corto, y menudo guirigay le han organizado durante el discutible periplo.

LA cuarta dificultad es la desconexión real del presidente respecto de las bases populistas de su partido. Los seis millones de electores de UCD siguen estando con Suárez. Las bases electorales de los cenáculos madrileños en provincias e incluso en Madrid siguen cabiendo en una docena de taxis. Pero el presidente está contribuyendo, sin querer, a encuadrar toda esa base populista regional en un marco elitista; esta es la jugada que le preparan los tales cenáculos en las candidaturas para las municipales, sobre todo en las capitales de provincia. El presidente no está aprovechando la preparación de las municipales

para neutralizar a los cenáculos madrileños; en realidad no está preparando las municipales, que confía, otra vez, a su buena estrella y a su excelente información. En esto le falla su excelente información; si a fines de septiembre su partido está como ahora, el desastre municipal alcanzará caracteres de 12 de abril. Por desgracia, uno de los Ministerios clave para tales elecciones, el de Cultura, no parece haberse enterado de que lo es. El presidente confía, como en junio, en la arrancada final. Pero ahora ya no servirá el "Vota Suárez".

LA quinta dificultad es el clan. Para conectar con sus bases populistas, porque él sabe que están con él, el presidente ha creado un teórico comité político; pero donde se apoya realmente es en el clan. Con ello pierde cada día la espléndida ocasión de resucitar, más a la izquierda, pero no en la izquierda, sino en el centro, los tres únicos ensayos populistas importantes en la historia predemocrática española: el de Maura, el de Lleroux, el de Gil Robles. Los tres albergaban una espléndida potencialidad democrática, porque a pesar de la fuerte personalidad de sus jefes se articularon mediante un sistema interno de doble comunicación, viciada, en medio de las convulsiones españolas, por el autoritarismo. El presidente Suárez ha montado un comité político de casi cuarenta miembros, tan ingobernable que ha debido inventarse un organismo interpuesto, entre el cual y la presidencia todavía existe otro organismo, que es barrera y membrana unidireccional: el clan. Se ha advertido muchas veces del peligro: el clan, que algunos, con evidente exageración geográfica, pero no sin cierta intuición política, llaman el clan segoviano, no es precisamente un acueducto, sino un sucedáneo espúreo de cierta nefanda institución inexportable llamada PRI, sólo apta para subdesarrollos

políticos con Ríos Grandes al Norte. Y España limita al Norte con la esquiva Europa, a través de una cordillera.

LA sexta dificultad es la fascinación. El presidente Suárez demuestra excesiva fascinación por uno de sus interlocutores políticos: Santiago Carrillo. Hizo muy bien en legalizar al PCE, aunque se pasó en el método y en la inten-

Ricardo DE LA CIERVA

(Continúa en pág. sigte.)

Las diez dificultades del presidente

(Viene de la pág. anterior)

sidad de su explicación pública. Pero en varias ocasiones ha expresado no solamente su respeto a una fuerza política legal, lo cual es coherente, sino su desbordante admiración por ella y por su líder, lo cual a muchos españoles parece excesivo y peligroso.

LA séptima dificultad es la imagen. El presidente, que es un experto en técnica de la imagen, ha acertado plenamente en dar la imagen de sí mismo; pero no ha sabido, hasta el momento, comunicar una imagen aceptable ni de su partido ni de su Gobierno. En el terreno de las imágenes, lo de menos es que la realidad apoye a la imagen; lo importante es lograr una imagen tan convincente que pueda arrastrar y fundar una realidad programada. La imagen de UCD es lamentable; más lamentable que la propia realidad. La imagen del Gobierno es penosa. Todo el antiguo aparato del Ministerio de Información se arrinconó, disimulado y agazapado, en el de Cultura. Los portavoces de diversos niveles no parecen saber qué voz portar. La imagen del conjunto en el poder se lleva ahora por vías espúreas de colaboración privada, lo que provocará la ruina de esos medios en cuanto el público advierta que son el trasunto simpático del "Boletín Oficial". El presidente trata de contrarrestar sus pérdidas en la prensa con la carga de propaganda en la Televisión. Es un procedimiento que ideó don Luis Carrero Blanco y que ahora sirve todavía menos.

LA octava dificultad provocó trágicas sorpresas a otros grupos en las pasadas elecciones; consiste en presen-

tarse como lo que no se es. Un grupo cristiano dijo que admitía ateos, y no le votaron ni los ateos ni los cristianos. El Centro dijo que era centro, y la mayoría de los españoles creyeron en él, porque era verdad o podía serlo. Con su pretensión para presentarse como un partido de izquierda, el Centro se desplaza de su lugar natural y deja a su derecha un vacío peligroso. El pueblo no entiende de abstracciones; votará a las aguas claras.

LA novena dificultad consiste en sustituir la política de concesiones por política de construcciones. El presidente ha pilotado con maestría indudable por el mar de las concesiones. Ha liquidado con elegancia al régimen anterior utilizando sus propios recursos legales. Ha vivido de un capital en ruinas; ahora tiene que montar su propio sistema de rentabilidad política. Cuenta para ello con el apoyo—enorme despliegue de patriotismo—del Ejército y de la Iglesia, que no respaldan, como se ha dicho en resonante polémica, a un partido, sino a un horizonte. La primera salida a mar abierto parece ir mal: el presidente no insiste en su baza vial para la organización de un conjunto sindical de tipo germánico, y cede—una concesión más—a las coacciones del sindicalismo tipo francoitaliano; es otra distinción que se empeña en no captar el señor Romero. Las concesiones ya no dan más de sí, y el presidente lo sabe.

LA décima dificultad, que es un inmenso acierto político, pero que a la vez engloba y allenta muchas de las anteriores dificultades, es que por primera vez en la historia de

España un equipo gubernamental ha planteado y está decidido a realizar una reforma fiscal profunda. En los tímidos ensayos anteriores las oscuras fuerzas reaccionarias que mandan en toda la historia moderna española ahogaron en agraz todos los proyectos. Ahora, desesperadas, vuelven a la carga. Este puede ser el gran tema, la gran dificultad. Cuando la detectamos podemos advertir que apoyar ahora al presidente puede ser, y de hecho es, una cuestión de patriotismo histórico. Que no excluye el servicio adicional de analizar públicamente sus errores, con el sincero deseo de que su sentido político, y su suerte, hasta ahora intacta, los superen.

CLARO que hay otras dificultades. La explosión nacionalregionalista, la angustia de la juventud marginada, la tomadura de pelo del Gobierno y del partido UCD a la mujer española después de querer instrumentarla en las elecciones. Pero esas y otras no son ya dificultades del presidente; sino dificultades de España y de los españoles.

CONTRA estas diez dificultades presidenciales que acabamos de esbozar hay, por supuesto, remedios tácticos, decisiones posibles. Sería bueno para España que se adoptasen, porque estoy seguro de que la permanencia de Suárez al timón es hoy muy conveniente para España.

Ricardo DE LA CIERVA